

EN TORNO AL CLASICISMO

por CARLOS MARTIN

Imaginad al hombre griego: clarividente el instinto y la razón siempre espontánea, en lucha contra los delirios, contra los deseos vehementes, contra la felicidad extremada, contra el desorden interior para conservar la medida y para concebir el mundo a imagen y semejanza de su espíritu. Todo sonríe en torno suyo. En las ideas y en las instituciones como en los poemas homéricos o en los diálogos de Platón se manifiesta la divina alegría de la vida que consiste en florecer y luego dar su fruto. Esta es la razón de que en el relato de la muerte de Sócrates, en el Fedón, apenas se insinúa levemente la tristeza. Pero no olvidéis que en Grecia se inicia la bifurcación de las líneas en que idealmente se resuelve toda antítesis estética: la una representada por la plenitud, el equilibrio, la serenidad; la otra por el frenesí, el delirio, la embriaguez sagrada. Apolo y Dionisio, las dos divinidades del arte que despiertan la idea del antagonismo de dos instintos diferentes que caminan a la par, en pugna franca, y se excitan mutuamente a creaciones nuevas que perpetúan ese antagonismo hasta cuando, según Nietzsche, por un admirable acto metafísico de la voluntad helénica aparecen acoplados, y en este acoplamiento engendran la obra, a la vez dionisiaca y apolínea, de la tragedia antigua. Es preciso afirmar que no solamente de la tragedia, como dice el filósofo alemán, sino también de las obras verdaderamente clásicas. El espíritu apolíneo y el espíritu dionisiaco representan los dos mundos estéticos diferentes que brotan del seno mismo de la naturaleza y que el artista griego logra presentar, mediante lo que llamamos la obra clásica, en armoniosa alianza: la causalidad lógica de líneas y colores, de contornos y de proporciones, la precisión y firmeza de la visión plás-

tica y el gozoso delirio, la violencia conmovedora, la exaltación de las facultades simbólicas. Apolo, padre del mundo olímpico poblado de luminosas criaturas y de bellas divinidades, dios de los flautistas, de la serenidad y la medida, y Dionisio, dios del entusiasmo, de la música, de los árboles, de los frutos, de la vendimia, de la uva y de la embriaguez, se hallan representados, conjuntamente, en las auténticas obras clásicas no sólo de la antigüedad griega y latina sino también de otros tiempos y lugares. Es cierto que entonces en Grecia el cuerpo sagrado constituye la medida de todas las cosas. Se ha dicho que para los griegos la tierra no es sino una enorme llanura, una gigantesca bandeja de sacrificios, en la que cuanto vive se ofrece espontáneamente en holocausto al más alto y poderoso de los dioses: la vida palpitante. Pero no olvidemos que el fervoroso amor a la vida está correspondido, en el fondo, por el pavor a la muerte. En los misterios de Eleusis que llegaron a ser factores de extraordinaria importancia de la poesía helénica, buscaron los griegos un íntimo consuelo ante la muerte que llegó a ser la verdadera tragedia de la vida griega.

¿Acaso no escucháis el llanto de los grandes héroes de la Iliada como si fuesen niños, cuando se hallan próximos a morir? Sin embargo, al hombre griego, más allá del sepulcro le preocupa todavía la vida presente. Se ha dicho que el más allá para los griegos no es otra cosa que la morada incierta de las vanas sombras. No hay gran desproporción entre la muerte, el más allá y la vida presente. Oid a Sócrates, cuando, ante sus jueces, dice: “En la muerte tiene que ocurrir una de estas dos cosas que os expongo: o bien el que muere ya no es nada y no tiene sensación alguna, o bien la muerte es, según se dice, un tránsito, el paso del alma desde este mundo a otro lugar. Si cuando se muere ya no hay ninguna sensación y se entra en una especie de sueño, en que ni siquiera se sueña, entonces morir es una maravillosa ventaja; porque según creo, si alguien eligiese entre sus noches una parecida a la noche tranquila en que se duerme profundamente y sin ensueños y la comparase con los demás días y noches de su vida para averiguar si en todas estas horas hubo algunas más dulces que aquéllas, me figuro que no tendría gran trabajo en hacer la cuenta, y eso que no sólo hablo ahora de un hombre vulgar, sino del gran rey. Si la muerte es así, digo que al morir se gana, porque de esta manera todo el tiempo después de la muerte no es más que una larga noche. Pero si la muerte es el tránsito a otro

lugar donde se hallan todos los muertos reunidos, ¿qué mayor bien, ¡oh jueces!, puede imaginarse? ¿Si un hombre al llegar a la región de Hades, libre de los que aquí se llaman jueces, encontrase allí jueces verdaderos, aquellos que según nos cuentan juzgan en ese lugar, Minos, Radamanto, Eeaco, Triptolemo y todos aquellos semidioses que fueron justos en vida, por ventura sería este camino muy lamentable? ¿Vivir con Orfeo, Hesiodo, Museo y Homero, a qué precio compraríamos dicha semejante? Para mí, si esto es cierto, deseo mil veces morir. Debemos esperar confiados la muerte.”

Para un griego, indudablemente, ante todo está la vida. Le basta un caluroso día de estío frente a las columnas del templo de Neptuno, que sustentan el cielo implacablemente azul, o cerca de un bosquecillo de pinos, en medio de las rocas, cuando la luz lo invade todo y por todas partes se dispersa la brisa como una caricia tibia y suave para que en él se produzca el júbilo contenido que despierta la belleza. Le basta con mirar a su alrededor para que la naturaleza se le ofrezca como el más hermoso de los espectáculos. Miradlo cerca del mar, sobre cuyas resplandecientes ondulaciones se extienden las sombras de los cipreces, de los jazmines, de los naranjos y de los limoneros. Una mariposa, un árbol, una flor, o la pequeña colina que se levanta en la distancia le despiertan el recuerdo de innumerables metamorfosis cantadas por los poetas. ¿Qué otra cosa puede importarle más que el delgado idioma de su flauta a la luz de la luna o el canto de las cigarras o la danza de las doncellas con las sienes ceñidas de guirnaldas o los tirsos coronados de hojas que lleva a las fiestas populares? Su vida es breve y bella como una pastoral de Teócrito. Su corazón anhela la felicidad intensa y la alegría inagotable. En su alma, como en su tierra, no existe la bruma y casi nunca llueve. Se experimenta una incondicional adhesión al sol y a los sentidos. Se ha dicho que cuando cae un chaparrón sobre Neptuno, que casi nunca abandona su morada submarina, el dios se sacude, goteando todo él, y ríe en tanto que su templo se yergue exento de muros y abierto a los vientos, a las mariposas, a los cuervos que anidan en él y al polen de las flores que la brisa lleva.

En tales circunstancias su espíritu se inclina a las ideas, a las instituciones, a la religión, a la política, a la ciencia y a la filosofía que tengan algo de divertimento, de juego infantil, pues tiene el hombre la encantadora libertad interior, la ingenua ale-

gría desbordada, la graciosa embriaguez de imaginación y de sensibilidad que hacen del niño un creador espontáneo y universal.

Con caracteres visibles se revela en Grecia una relación admirable entre la vida y el arte. La estatuaria que ha sido asombro de la humanidad necesitó del modelo vivo, del hombre de carne y hueso formado por las instituciones que a su vez surgieron y se organizaron en consonancia con la geografía, con la raza y con la historia de ese pueblo maestro de los pueblos. La orquestica presentaba, como el más grato espectáculo a los dioses, hermosos cuerpos florecientes, en coros que muestran la fuerza y la salud. Cada ciudad era capitaneada, para las actividades de la orquestica, por un poeta que componía la música y los versos, organizaba los grupos y los movimientos, enseñaba la manera de actuar y aun de vestirse a los personajes que intervenían en esas representaciones y que experimentaban, como dice Taine, el placer más profundo y noble que puedan sentir los hombres: verse gloriosos y bellos, elevados por encima de la vida vulgar, arrebatados hasta las alturas y resplandores del Olimpo por el recuerdo de los héroes nacionales, por la invocación de los grandes dioses, por la conmemoración de los antepasados, por el elogio de la patria.

Porque la victoria del atleta era un triunfo público y los versos del artista asociaban a esa gloria la ciudad y sus divinos protectores. Rodeados de aquellas grandes imágenes, exaltados por sus propios hechos, llegaban a ese estado de extrema emoción que llamaron entusiasmo, indicando con esta palabra que estaban poseídos por el dios. Y así era en realidad; el dios se une al hombre y entra en él, cuando el hombre siente acrecentarse su fuerza y su nobleza fuera de toda medida, más allá de todos los límites, por efecto de la energía armónica y el júbilo comunicativo de todo el grupo que interviene en la acción. La participación del espíritu dionisiaco, diríamos nosotros, de acuerdo con nuestras afirmaciones anteriores.

De la gimnástica tenemos noticia desde Homero, cuando nos da a conocer cómo luchan y se ejercitan los héroes en diversas formas para aumentar la agilidad y el vigor. Posteriormente, junto con la orquestica y la poesía lírica, la gimnástica adquiere categoría y se organiza. En la época del restablecimiento de los juegos olímpicos luce ya su estructura completa. Se ejercitaban los cuerpos no sólo para darles fortaleza, agilidad y resistencia, sino también la proporción, la simetría, la elegancia.

De la representación de los bellos ejemplares humanos, pasan

los griegos a las imágenes de los dioses. Entonces se une, al sentimiento de la perfección material del cuerpo del atleta, el sentimiento religioso que consiste en una manera peculiar de comprender y de reverenciar las fuerzas naturales y divinas. Más allá de la representación personal, el griego entrevió, mediante esa figura simbólica, la potencia moral o física. Los mitos expresaron en su origen la actividad de las fuerzas naturales. Poco a poco se fueron convirtiendo en dioses los elementos y los fenómenos de la naturaleza con toda su fecundidad y su belleza. Resplandeció en el politeísmo la naturaleza plena de energía creadora, de vitalidad y de inmortalidad bajo la luz de la esencia divina. El hombre vislumbra el fondo natural de donde surgieron las personas divinas. Los griegos escogieron la forma humana como la más bella para representar a sus dioses.

En ese medio y bajo tales influencias no es de extrañar que fuera Grecia la cuna del verdadero clasicismo. Se crearon obras que los embates del tiempo y los caprichos de apreciación de los hombres no han logrado disminuir en sus méritos ni opacar en el esplendor de su presencia perdurable. Obras que han sido modelos y cauces orientadores de las más altas aspiraciones artísticas y de los más firmes y nobles propósitos por perdurar a todo trance.

CARLOS MARTIN